

Las cruces de mis parroquias

Martha López Castro

Mi maestra de cuarto grado de primaria, joven y celosa de su papel como formadora de futuras buenas esposas, decía que las niñas no debían hablar de sí mismas: “Es muestra de mala educación, vanidad y de una soberbia que nadie puede soportar”, repetía poniendo a cada palabra un barniz maternal cuando alguna de nosotras insistía en escribir sobre lo que soñaba, pensaba o sentía, y nosotras lo aceptamos sin chistar, como se aceptaba todo lo que decían los adultos, porque tampoco ellos hablaban —y mucho menos escribían— de sí mismos. Lo que sé de mis antepasados lo he obtenido luego de atar cabos, de ver más allá de lo visible, de conceder a algunos la fuerza de su presencia y a otros el reclamo de su ausencia, pero no de su voz.

Nadie me habló de las batallas estériles, del placer, de lo que hay que abandonar a la orilla del camino, de las garras del miedo. Quizás hubiera sido más fácil...

Cuando no se posee un don especial ni se tiene madera de heroína o de mártir, cuando se nace en un lugar donde los destinos parecen entretejidos de antemano, ¿qué hacer para trascender una vida ordinaria?, ¿qué nos salva y nos permite permanecer después de lo fugaz de nuestra existencia? Una pasión de novela, una vida cargada de triunfos, bravura o sacrificio son elementos que suelen acompañar a los grandes personajes. Yo no poseo nada de eso, pero trato desesperadamente, con ayuda de mi memoria infiel y mi palabra, de mostrarle a mi maestra que estaba equivocada, que nosotras podemos hablar de nosotras mismas, que la vida puede ser de otra manera. No soy una mujer extraordinaria, sólo soy afortunada y cuento mi historia como la recuerdo. ¿Será suficiente?

Ángela. Nunca supe cómo ni quién había convencido a mi padre de que Ángela era un nombre para mí, para llevarlo a cuentas en

mi paso por la vida. Si surgió de la creencia de que el nombre determina a la persona, conmigo se equivocaron, ya que he sido una mujer que poco tiene que ver con lo virtuoso y lo angelical; e intuyo que mucho menos con mi aspecto al nacer. En ese frío amanecer el día se abría paso entre la niebla y la menuda y pertinaz lluvia que creaba musgo en las tejas y moho en los roperos, desataba reumas y transformaba los cafetales renovando todas las tonalidades del verde. Terminaba septiembre y para sorpresa de todos habían despertado las minúsculas flores blancas de los cafetos. “Es una floración loca”, sentenciaron los viejos.

Así que quizá con el nombre se pensó en glorificar lo que sucedía, ya que mientras la partera se afanaba en mostrarme el mundo, la algarabía de las campanas de la parroquia iniciaban el toque de alba y decenas de cohetes estallaban mezclando su estruendo con el canto de los gallos. La fiesta se iniciaba porque era un 30 de septiembre, día de san Jerónimo, santo patrón de mi pueblo. Si la suma de todo eso fue una señal... aún no sé de qué.

Ahí estaban todos: los señores y los sin nombre, pecadores y justos, esposas y amantes orando, arrepintiéndose, prometiendo una vez más lo que no podrán cumplir, agobiados por la culpa. El templo rebosante de fieles, adornado con metros y metros de tela de satén rojo y blanco, parecía flotar en una densa nube de incienso, sudor, parafina quemada y nardos. De niña me balanceaba entre el terror a perder la mano de mi madre en esa multitud y el vértigo que me producía el nauseabundo revoltijo de olores.

En el centro del altar mayor, san Jerónimo nos contemplaba impasible, sus ojos de vidrio nos recordaban lo dicho por las monjas, el sacrificio, la existencia de mártir en medio del desierto. Lo que no dijo la monja de los bigotes que nos catequizaba —a escondidas de mi padre—, es que san Jerónimo se negó al descanso, ayunó y se autoflageló tratando de purgar su incontenible concupiscencia.

Ángela me llamaron y desde la pila bautismal fui marcada. Allí está el inicio de otra vuelta de la existencia, allí se empieza a hilar

la trama donde se irá bordando la vida con diferentes colores y diseños. Soy única y a la vez la continuación de tantos que me antecedieron. En ese ritual me dieron con el nombre el perdón por un pecado que no cometí y una responsabilidad moral que no pedí.

Ángela. Tal vez a fuerza de oírlo ha terminado por gustarme. Lo cierto es que Ángela tiene cierta cadencia, cierto sabor a añoranza, a olor de sábanas recién planchadas; y quizás allí resida el secreto: cuando ese nombre empezó a pasarse entre las sábanas, traído y llevado por la voz apasionada de algún hombre, adquirió otra fuerza, una nueva tonalidad. Confieso que algunas veces, atrapada en esa maraña de olores y sensaciones, realmente he creído que me brotarán alas mientras toco el cielo.

Es cierto que regresar a la infancia es abrir los recuerdos envueltos en nostalgia, donde el olvido se lleva lo malo y lo grato se enaltece. Uno de los recuerdos que se quedó y que con mayor claridad se presenta tiene que ver con el descubrimiento de que podía elevarme, convertirme en “mi otra”, verme y ver todo desde arriba. En las noches en que no lograba dormir, bastaba con cerrar los ojos y repetir: quiero volar, quiero volar. Entonces subía y podía verme junto a mis hermanos, durmiendo todos desparrramados en la misma recámara. Subía otro poco y contemplaba las macetas de barro con sus azaleas en el corredor, las habitaciones en formación y el patio con su gran buganvilia abrazada al naranjo, las matas de café y las azucenas. “Más alto”, me decía, y aparecían los techos de dos aguas con sus canaletas y bajantes, el humo de la panadería y los frondosos encinos rebosantes de nidos de tordos.

Cuando el deseo de remontarme era muy fuerte, lograba llegar al campanario de la iglesia y desde allí veía los ríos de tejas pardas y verdosas. Entonces el pueblo no había crecido tanto, eran pocas las casas de dos plantas y podían verse los manchones

de los patios centrales y esos espacios de fantasía infantil hoy desaparecidos que eran los traspatios. La vida se paseaba a paso lento, entre la ferocidad de las lenguas pueblerinas que lo mismo santifican que lanzan al infierno en el ejercicio de esa moral de dos caras que aquí todos aprendimos desde tiempos inmemoriales. Tras los balcones hechos para la serenata y vestidos con visillos primorosamente tejidos a ganchillo, cualquier cosa podía suceder: adulterio, caricias solitarias, pasiones avasalladoras; pero a la luz del día nadie parecía recordar nada: las sábanas se lavaban, los besos se espantaban, el ardor se aprisionaba con las piernas y la culpa se expiaba en el confesonario.

Desde aquel campanario el pueblo parecía dormir, todo era oscuridad, porque no era bueno participar del gozo a plena luz ni ver el placer en los ojos del otro. Esa maravillosa capacidad de evasión la he perdido, como tantas cosas, con los años. Sólo “mi otra” permanece agazapada, esperando situaciones propicias para saltar gruñendo, consolando o aplastando con sus razones mis desvaríos.

Así como las noches estaban marcadas por su propio y oculto ritmo, el día estaba determinado por las celebraciones, rituales y actividades relacionadas con los ciclos de la tierra y sus regalos: la naranja, la caña, el plátano y, sobre todo, el café, de excelente calidad debido a la altura que permitía la visita de las nubes, a la prodigiosa calidad del suelo y a las persistentes lluvias. Todos en Coatepec, de una u otra manera, danzábamos alrededor del café. La bonanza de la cosecha se dejaba sentir hasta en las casas más pobres. Productores, exportadores, cortadores, fabricantes de maquinaria, tenderos, todos entrábamos en ese tiempo prometido y saboreado con mucha anticipación. Las cosas se solucionarían y las penurias se acabarían “para la cosecha”, la ropa raída se cambiaría “en la cosecha”. Solamente en esa época mi familia compraba por mayoreo: todos salíamos de la zapatería con relucientes zapatos nuevos y mi madre cargando una pirámide de cajas con los

vejestorios que habíamos usado durante largo tiempo. Mi padre podía comprar su ron de calidad y sus discos *long-play* favoritos. Era una fiesta, el pueblo bullía de manera inusitada, caravanas de camiones repletos iban y venían: a las bodegas con cientos de costales de aquel grano, y a las fincas con los cortadores portando sus sombreros y tenates de palma, y las mujeres con pantalones masculinos bajo el vestido para protegerse del despiadado ataque de los mosquitos. Hombres y mujeres apretujados, evitando o propiciando el roce de los cuerpos. Muchos llegaban de otras regiones y eran alojados en grandes espacios adaptados como galpones. Tenían un dejo en el hablar que los hacía diferentes y reconocibles en el acto. Al terminar la cosecha algunos regresaban a sus pueblos, otros decidían probar fortuna instalándose aquí para siempre.

La noticia de que había dinero corría rápido: se abrían cantinas, llegaba la feria con sus juegos mecánicos y las malas hijas convertidas en tarántulas por desobedecer a sus padres.

Y como de la nada, aparecían en algún terreno baldío las húngaras, mujeres —nunca vi a los hombres— con faldas largas de colores chillantes y un estruendo de pulseras y collares que, por unas monedas, leían el futuro escrito en la palma de la mano. Todos aseguraban que esas mujeres se robaban a los niños que se cruzaban en su camino; nunca nos miraron siquiera, pero el terror hacia ellas estaba tan instalado, que al verlas corríamos despavoridos. Ese terror fue muy bien cultivado y usado por los adultos, conocedores del poder del miedo.

De niños disfrutábamos tanto en la cosecha que, a la par de los adultos, brincábamos de gusto por las heladas en Brasil o sufríamos cuando mi padre nos miraba por encima del periódico y anunciaba: “Este año no va a valer el café”, no entendíamos porqué, sólo sabíamos que de eso iba a depender que tuviéramos zapatos nuevos o no.

Coatepec, donde todo mundo conocía el pasado de los demás, era un buen lugar para vivir con tranquilidad, rodeado por una

desbordante vegetación y ríos que entonces eran cristalinos. Cada vez que regresábamos de un largo viaje familiar, compartiendo los asientos traseros con mis hermanos y el traqueteo del Buick durante horas, mi sueño se quebraba cuando sentía cómo atravesábamos el Puente Nuevo y el aroma del café entraba por las ventanillas. Un conocido bienestar me invadía: ya estábamos en casa.

Tempranamente descubrí y admiré dos atributos de mi madre: la tersura y brillantez de sus perfectas rodillas y la impresionante fuerza de su carácter. Las rodillas las cubría pudorosamente al sentarse, y el carácter lo mostraba ante los vendavales de la adversidad: jamás flaqueaba ni lloraba en público. Forjada durante años y años de maltratos y vejaciones de su madre, desarrolló una fortaleza que la libró de sucumbir ante las injusticias de su destino. Rescatada durante breves intervalos por su abuelo, creció convertida en una madre-niña para sus hermanos, en una bestia de trabajo, en una precoz cortadora y desmanchadora de café. Con todo, le habían enseñado que un Dios la observaba y cuidaba sin dejar de ponerle piedras a su pedregoso camino. Pero era un Dios que tardaba mucho, un Dios imperturbable ante el dolor más lacerante. Ella renegaba, pero justo al borde de su renuncia a una religión que no la salvaba aquí en la tierra, retrocedía asustada y arrepentida de su flaqueza.

Cuando a los veintidós años se casó con el único novio que tuvo, empezó a tejer un fino poder matriarcal y a marcar las fronteras de su nuevo predominio doméstico. Decidió que no habría más golpes ni humillaciones. Nunca leyó a la Beauvoir, pero tenía muy claro que estar casada no significaba ser avasallada. Esgrimió el silencio y la indiferencia como sus más poderosas armas de doblegación. No permitía las medias tintas: las cosas eran buenas o malas, morales o inmorales y las personas se clasificaban entre las que podían ser perdonadas y las que no. “Durante mucho tiempo

fui una idiota, pero eso se acabó”, era el inicio de su discurso cuando nos anunciaba una nueva transgresión.

Cuando la memoria me trae de vuelta a las mujeres que me rodearon en la infancia, pienso en mujeres sin matices, de un solo color. Unas eran mujeres devotas, asexuadas, eternamente vestidas de medio luto, temerosas de Dios y de la vida, católicas recalcitantes, atrapadas entre la castidad, como un estado de divinidad, y el confesonario como un remanso. Siempre atentas a la paja en el ojo ajeno y al llamado parroquial, capaces de descifrar los diferentes tañidos de las campanas. Arrastraban sin descanso alguna culpa y la dignificada obsesión por vestir sus deseos de pureza virginal y alejar los pecados de la carne. Fueron educadas de acuerdo con lo que por estos pueblos y durante generaciones se ha creído debe ser una mujer decente.

Las otras eran mujeres que despleaban risotadas retumbantes como banderas de libertad, cimbrando las estructuras convencionales. Una de ellas era mi abuela, quien a los veintitún años era una viuda con cuatro hijos que mantener; por lo que en época de cosecha se empleaba como desmanchadora de café. En amplios cobertizos una multitud de mujeres seleccionaba manualmente el café de clase, para exportación, y el llamado “mancha”, es decir, los granos defectuosos que no cabían en los estándares internacionales de calidad. Percibía un salario en relación con la cantidad de arrobas seleccionadas en un horario agotador. En esa selva femenina desarrolló su fiereza y un lenguaje de *guacha*. La recuerdo peinada como Katy Jurado, con los brazos en jarras, maldiciendo con su voz de trueno y su lengua de daga. Peleaba contra los puercos panaderos que amasaban sin camisa y sudaban copiosamente, y contra los cobradores de los camiones que la querían desfalcar. Pudo ser una guerrera magnífica, pero se quedó atascada en la marginación, ya que sin la protección que entonces daba un hombre, carente de medios económicos y sin apoyo familiar, echó mano de las

armas que le proporcionaba la juventud: la seducción y la artimaña, y las manejó sin escrúpulos, atormentadamente, para provocar y sobrevivir a una sociedad provinciana que la señalaba y condenaba. Disfrazó sus apetitos y arrebatos por los hombres de desamparo y necesidad de protección. “Benditas ustedes, que con una pastilla no se embarazan, a mí me tocó defenderme como gata boca arriba”, decía mi abuela entre suspiros. Para no mostrar la desnudez de sus miedos, se vistió con toda su violencia, usando la amenaza y la injuria, estableciendo un poderío incuestionable entre sus hijos, quienes fueron los chivos expiatorios de todas sus frustraciones y su ira volcánica.

A los nietos no nos tocaron sus golpes ni ofensas, pero tampoco la cercanía del afecto. Pertenece a una estirpe de mujeres inquebrantables, incapaces de pedir ayuda o de decir lo que sienten.

También estaban las mujeres como mi madre y sus amigas, portadoras de una moral más relajada pero sin salirse del rebaño. Se reunían para hablar de las gracias de sus hijos y para susurrar sobre tamaños y cualidades de los miembros viriles. Algunas fumaban y bebían, y todas reían como lunáticas mientras los maridos cantaban tangos con una pasión que habría sonrojado al propio Gardel.

Huérfano de madre y de cobijo, a los quince años mi padre huyó de su casa y de las brutales enseñanzas del abuelo para hacer de él “un hombre de verdad”; nada de mariconerías como abrazarse o mostrar miedo, que a los hijos mientras más se les gritaba, puteaba y pisoteaba las debilidades de vieja, más se les templaba. En su huida, fue de un lugar a otro hasta que llegó a la capital. Sus historias hablaban de ese México que usaba expresiones como “pelados”, “merolicos” y “exóticas”, que bailaba el mambo, el de las sabias enseñanzas de las calles, del Tívoli y Las Veladoras —donde juraba que había conocido a Carlos Fuentes—. Y así regresó, colmado de la irreverencia de los pachucos y convertido en una réplica

de Tin Tan, con sus pantalones de pliegues, sus sacos anchísimos tocando las rodillas y un bigotito recortado con exactitud.

Le apasionaba el jazz, las cantinas donde se servía buena botana, las largas charlas con sus amigos, pero sobre todo la lectura, que lo salvó de la ignorancia y lo convirtió en un mecánico *sui generis*, fuera de los sobados estereotipos. Leía obsesivamente todo lo que caía en sus manos, y cuando mi madre protestaba por el periódico en la mesa y presionaba —como sólo ella sabía hacerlo— para que él conversara en vez de leer, mi padre recurría a las cajas de cereal, de galletas o a las etiquetas de la mermelada y las leía con tal concentración que parecía estar develando el misterio de la Trinidad. Los sábados llegaba cargado de revistas: historietas para los hijos, *Confidencias* y *La Familia* para mi madre, y la revista *Siempre!* para él, porque leer el *Siempre!* era ser de izquierda. De modo que esa mezcla constituyó también lo que fueron mis primeras lecturas: instrucciones para hacer primores en punto de cruz, alternando con el maniqueo Walt Disney, las aventuras de Chanoc y la lucidez de Alberto Domingo, la Poniatowska, Monsiváis y toda la galería de “La Cultura en México”.

Según mi abuela, de esas lecturas provenían las ideas raras que mi padre blandía con vehemencia; criticaba la hipocresía y traición de los curitas —usaba los diminutivos para indicar la poca valía de lo que nombraba—, la opulencia de la jerarquía católica, y se burlaba de sus hermanas beatas. Si alguno de nosotros se negaba a dormir por temor al diablo que reinaba en la oscuridad, él se paraba en mitad de la habitación y gritaba: “¡Sal, pinche diablo!, aquí estoy, a ver si es cierto...”, y después de unos segundos de espera, volteaba triunfante y nos decía: “¿Lo ven? El diablo y el infierno no existen, son zarandajas que han inventado para meternos miedo. Son za-ran-da-jas”. Nosotros dormíamos tranquilos, mi padre había desafiado al mismísimo diablo y por otra noche nos había dado la prueba fehaciente de que, efectivamente, aquellas eran zarandajas. Después seguían las discusiones con mi madre

acerca de si lo que él hacía estaba bien para nuestro sano desarrollo mental y espiritual.

Mi padre siempre sacaba a relucir la broma de que se había enamorado de mi madre por su “mirada de vaca viendo pasar el tren” y a su nombre de cerveza, pero por la manera como la arropaba con los ojos cuando ella se alejaba o se levantaba de la mesa, a una le surgía la convicción de que había algo más profundo. Quizá la similitud de historias y una herencia apenas elemental de lo que era el afecto los unió.

Cumplieron con todos los rituales para ser una pareja como Dios manda: noviazgo largo, nada de jugueteos sexuales antes del matrimonio, paseos con chaperón y boda religiosa, pero una vez juntos cerraron el cerco, se negaron a la intromisión familiar —lo que nos convirtió en una extensa familia de extraños—, y a continuar la cadena de violencia que a ellos los ató desde su primera memoria. Hace cuarenta y siete años que están juntos y han sido años de fandango, de negociaciones, de mutuas recriminaciones y de posiciones radicalizadas, pero aún esperan que algún día el otro cambie hasta ajustarse a ese ideal que les demuestre que no se equivocaron, que la vida, con lo que les ha dado o les ha quitado, ha valido la pena.

Y mientras uno suspiraba por un cambio social y la otra rogaba a Dios que por lo menos su marido fuera el que cambiara, ya iniciaba la prole. Cuatro hijos nacidos con los intervalos elementales de recuperación, pues se creía a pie juntillas que mientras se amamantara no habría embarazo. Al cuarto alumbramiento, lavando pañales, dando pecho y capoteando los temporales de pareja, mi madre se dio cuenta de que, como anticonceptivo, el amamantamiento no funcionaba. Cuando al bebé se le destetaba, el mayor requería que se le guiara en sus primeros pasos, por lo que mi madre optó por la practiquísima pedagogía de la autosuficiencia junto con los deberes de los buenos niños, de modo que crecimos

un tanto como pequeños salvajes, que unidos a los grandes salvajes del barrio, formábamos una pandilla respetable.

Nuestro barrio le hubiera encantado a cualquier investigador social. Era una calle muy larga que empezaba en el centro del pueblo, con casonas que hablaban de una historia de esplendor, y terminaba en casuchas rodeadas de lodo, construidas en volandas por los recién llegados. Caminar por esa calle era palpar las claras diferencias y ubicar a cada quien en su lugar. Sólo los niños nos brincábamos esas líneas de separación, y por las noches salíamos todos a jugar a que reinventábamos la vida o a escuchar las historias de aparecidos, lloronas y espantos vestidos de charro que nos contaba don Gurio.

Por las tardes, después de la comida, recorríamos las fincas cafetaleras armados con palos, rituales de grupo y estrategias de ataque y defensa. Grandes y pequeños, niños y niñas iniciábamos la aventura del día sintiéndonos importantes y libres. Con la ayuda de pañuelos atrapábamos pececillos y ajolotes, apedreábamos los árboles para atiborrarnos de naranjas y jinicuales, y nos poníamos la ropa al revés para evitar que los duendes nos perdieran y no encontráramos el camino de vuelta. Regresábamos a casa al atardecer oliendo a cargador, donde nos esperaba la humeante olla de café y una gran charola de pan dulce que nada tenía que ver con el pan francés, pero que poseía una dignidad y una exquisitez que jamás he olvidado.

Las monjas del catecismo decían que los niños no debíamos tomar café porque se espanta el sueño, y cuando se permanece en la cama sin dormir, surgen los malos pensamientos, y de ahí a los tocamientos sólo hay un paso.

Los domingos eran diferentes, mi madre determinaba la iglesia y mi padre sugería el cine, así que, como siempre, éramos los hijos quienes padecíamos las contradicciones de las salomónicas decisiones

familiares. Acudíamos a la iglesia a las ocho de la mañana a oír la misa especial para niños, donde el cura hablaba con virulencia de la gloria y la condenación, y describía —casi con placer— el achicharramiento de los cuerpos en las llamas del infierno por mentir, jurar el nombre de Dios en vano o manosear ciertas partes del cuerpo. La atmósfera era perfecta, uno podía oler la carne chamuscada y oír los gritos clamando piedad, porque los rectos y los puros acusaban a esos pequeños endemoniados de cometer todos los pecados, así que cada quien recogía por lo menos uno que le calzaba y corríamos a formarnos frente al confesonario, donde un cura aburrido escuchaba las largas y repetitivas listas de desobediencia y malas acciones de pensamiento, palabra y obra. Con el mismo aburrimiento nos aplicaba la penitencia y nos daba la absolución.

A mí siempre me persiguió la imagen del triángulo con el gran ojo vigilante, y creía que aunque estuviera debajo de la cama o dentro del ropero, el ojo podía ver lo que yo hacía y hasta lo que pensaba. Muchas veces, en ese animismo que rodea a la infancia, maldecía a gritos o actuaba como una poseída para poner a prueba a los ángeles que, según el cura, vigilaban a los niños; pero por más que me bajaba el calzón y me sobaba, no se abría el cielo ni ningún dedo flamígero me señalaba; pero de los curas y monjas no se debía dudar, porque era como dudar de la palabra de Dios.

Al finalizar la misa nos entregaban un boleto que deberíamos conservar, porque con veinticinco cartoncitos de esos podríamos obtener una magnífica baratija que en el mercado costaba un tostón. Si el sacerdote aprobaba la película de la matiné, acudíamos al único cine del pueblo, la otra gran fuente de conocimiento en mi vida.

Seguramente alguna vez ahí todo olió a nuevo, pero el cine Imperial que yo conocí tenía unos pesados cortinajes de terciopelo rojo que recogían y guardaban el olor de cuantos franqueábamos el umbral que separaba la realidad de la fantasía. Nosotros nos apropiábamos de esa fantasía con delirio y peleábamos a gritos y puñetazos

en el aire apoyando al Santo contra las mujeres vampiro, reíamos con las sandeces de Viruta y Capulina o llorábamos a mares con las desgracias de Marga López. Pateábamos frenéticamente cuando los buenos le ganaban a los malos, y un murmullo parejo flotaba en la sala con las películas de suspenso. “Hoy dan una de emoción”, anunciaba Toñita, la encargada de recoger los boletos y dar la reseña cinematográfica al mismo tiempo.

Los protagonistas de ese viejo cine nos mostraban cómo deberían ser los hombres: viriles, honestos, trabajadores, defensores de la moral familiar, siempre moviéndose a sus anchas en la cantina como escenario perfecto para su masculinidad. Eran el tipo de hombre al que una debía aspirar para ser tan felices como las mujeres de la pantalla, porque era fácil imaginar que estar perfectamente peinada, llorar sin mocos y esperar al marido en el crepúsculo eran signos de felicidad. Como un estribillo se nos repetía cómo debía ser una mujer decente, cómo levantar las cejas o esconder la mirada ante la proximidad del varón; porque las otras, las malas mujeres, esperaban eternamente, envejecían, y su belleza se marchitaba mientras el encanecido galán recapacitaba y regresaba a los brazos de la esposa, a la que nunca debió abandonar. “Amante, querida o cabaretera” salían de las jugosas bocas de las actrices y caían sobre los espectadores cumpliendo su cometido moralino. Jamás había escenas que indicaran que un hombre y una mujer podían darse algo más que un casto beso. Las películas eran celosamente censuradas y clasificadas, nada de bocas buscándose con urgencia y, mucho menos, cuerpos desnudos. Siempre me pregunté qué tipo de cintas serían las clasificadas como C-2 y quiénes las veían.

Hacia el mediodía regresábamos y encontrábamos a mis padres aún en la cama y en ropa interior, en medio de un reguero de periódico tomando su café. En el aire se agitaba la sensualidad. Mi padre encendía ese monstruoso aparato que se llamaba consola e invitaba a mi madre a bailar danzón. Bailaban cadenciosamente,

y cuando la música daba la pausa, él preguntaba: “¿Qué tal me nuevo, señorita?” Los hijos los contemplábamos atónitos, mientras mojábamos el pan en el chocolate a ritmo de *Nereidas*.

Para su medio tan chato y timorato, podría decirse que mis padres eran diferentes. Sin embargo, ese gusto por el cuerpo que dejaban ver en sus juegos y bailes, se estrellaba ante las palabras. Para el habla no había tal libertad; siempre hubo “lo innombrable”. Aquello que lastimaba o desnudaba sentimientos era indigno de repetirse, como si fueran fantasmas que al dejar de nombrarlos se alejaran. Somos una familia que siempre ha temido —entre nosotros— llamar a las cosas por su nombre o sacar a pasear nuestras emociones. Resulta menos peligroso tomar atajos o triangular los mensajes. “Esa cosa”, llamaba mi madre a la menstruación, y mi hermana simplemente dejó de hablarme cuando se enteró de mis relaciones profanas.

Mi escuela primaria cumplió su cometido a la perfección. No había en ella niños ni maestros varones, por lo que el mundo masculino era como de otro planeta.

Yo jugaba y hablaba con mis hermanos, pero “esos eran otra cosa”. Aun cuando se trataba de una escuela oficial, las fronteras entre güeritas y morenas, hijas de cafetaleros o de obreros, estaban perfectamente marcadas, y las maestras las señalaban cada día para que nadie perdiera de vista su predestinado camino. No había posibilidad de pensar ni de escribir libremente, mucho menos de cuestionar.

Por las tardes asistíamos a clases de “Economía doméstica”, en las que nos enseñaban a ahorrar cosiendo y bordando la canastilla del bebé y cocinando una comida para pajaritos. Para salvarse una tenía que aprender cómo satisfacer los requerimientos del grado en que estaba y de la maestra en turno, callar y acumular en la memoria los datos más absurdos e inútiles. ¡En algún momento debimos memorizar rutas y horarios de los trenes del otro lado

del mundo!, cuando muchas de nosotras ni siquiera conocíamos la capital del país, pero si queríamos aprobar había que recitar la travesía de trenes que surcaban helados países de calendario.

Yo descubrí que si la vida me había negado una piel más clara o un apellido de alcurnia, me quedaba lo que en esos ámbitos llamaban inteligencia —leer de corridito, saberse las tablas, repetir las capitales—, lo que me daba una cierta ventaja en un grupo de cuarenta púberes esmirriadas.

Sólo la maestra Araceli se negaba a ser parte del rebaño. Peleaba tiempos y espacios “para aprovechar el aprendizaje”, y nosotras la seguíamos como en cardumen. Una vez eligió a unas cuantas del grupo y nos citó en la escuela fuera del horario de clases. Acudimos nerviosas y desconcertadas. Nos subió a su coche y nos condujo a su casa. Tomábamos chocolate espumoso cuando anunció que nos presentaría unos personajes muy famosos que estaban cambiando al mundo. Reapareció trayendo un montón de discos y nos dijo con estudiada solemnidad: “Estos son los Beatles”. A partir de ese momento se rompió el turrón, bailamos y reímos frenéticamente y seguimos a los Beatles con delirio.

A los catorce años, frente a un guapísimo y codiciado moreno de ojos verdes, mayor que yo, despertaron en mí sensaciones que nacían más abajo del corazón. Para ese baile me había elegido a mí, por lo que me sentía halagada y absolutamente torpe. El olor de su pecho y la cercanía de su boca me electrizaban de pies a cabeza. Era una adolescente llena de inseguridad, me preocupaba mi estatura, mis dientes, el sudor de mi mano, pero sobre todo me preocupaba que él pensara que yo era una de esas muchachas fáciles que, sin mediar palabra, se dejan llevar por instintos de animal. Llevaba un buen trecho aprendiendo cómo se hacía una mujer, cuáles eran los comportamientos que la convertían en una desvergonzada o en una dama elegida por un hombre para ser la madre de sus hijos.

Nunca supe en qué parte del camino se quedó la niña primitiva y chamagosa para dar paso a la adolescente tímida y cuidadosa de las formas, aunque fuesen formas tan desdibujadas como los deseos y temores de cada quien. A esa edad cualquier gesto o actitud mostraba a la zorra que todas las mujeres llevamos dentro —la sabiduría residía en poder dominarla—: si la falda subía demasiado, si los pezones saltaban libres bajo la blusa, si las piernas se abrían más de lo permitido para mostrar, con la velocidad del relámpago, un fragmento de calzón, es que una andaba en busca del macho. La situación era realmente crítica si además una fumaba o se tomaba una cuba sin vomitar, o desaparecía en la oscuridad con un chico, con el que además no se llegaba a nada porque generalmente él era más torpe que nuestra ineptitud.

En la secundaria nos encerrábamos en el baño para intercambiar creencias casi mágicas sobre el sexo y fumar una asquerosidad de cigarros marca Del Prado. Si la prefecta —una señorita con todos los años y toda la decencia encima— nos descubría, introducía un largo alambre por la ranura de la puerta y nos gritaba: “¡Manfloras!, salgan de allí, ¿qué hacen tantas en el baño y con la puerta cerrada?” Era nuestra adolescencia y los adultos mostraban su autoritarismo para no descubrir el terror que los paralizaba. No estaba de moda la psicología en las escuelas y nadie hablaba de autoestima; nadie tampoco se preocupaba de las secuelas en mocosas calientes con acné.

Así que supongo que mi breve historia se agitó en ese baile, y algo me dijo que estaba lista para entender que buena parte de lo que está bien o está mal en una mujer, reside en los genitales. Y ahí, reiniciando esa danza milenaria del reconocimiento de los cuerpos, el ardoroso moreno me guiaba de manera precisa; duchado en esos menesteres, me estrechaba llevándome con la música al lugar adecuado para estrenar mi deseo, buscando mi pelvis con impaciencia hasta mostrarme que podía darse un encuentro en perfecta comunión. Yo me separé de él, inmovilizada por el miedo.

En ese brevísimo instante saltaron a la pista frases, imágenes, rituales y fantasías absorbidas en lo que llevaba de vida, y giraron alrededor de nuestros cuerpos. No imaginé que no sólo inauguraba mi deseo, sino también mi encuentro con los hombres, que muchas veces han terminado en desencuentros.

Siguieron años de contradicciones, de quitar y poner, de noviazgos virtuosos y escurridizos. Pasaba mucho tiempo sumergida en la lectura tratando de encontrar respuestas a la esquizofrenia generalizada, a la incoherencia entre lo que se decía y hacía. De manera casi visceral me rehusaba a creer en una divinidad castigadora, en un Dios que, según el padre Ripalda, estaba en todo lugar pero permitía las abrumadoras diferencias sociales que empezaban a agujonearme desde la realidad. Me exasperaban los rituales católicos cargados de mansedumbre, de aceptar sin reflexión un destino determinado por lo que, para mí, eran oscuros designios. Me sentía dominada por impulsos apremiantes, un tumulto interno me ahogaba, y la impaciencia me carcomía, pero también me sentía fuera de lugar, tratando de encajar en esquemas que me resultaban ajenos y chocantes. Era como si abrazar lo que no era normal o correcto nos convirtiera en locas, raras, sospechosas.

En ese torrente de interrogantes sobresalía una clara certeza: mi virginidad no era un tesoro que debía cuidar y proteger con la vida, no era algo que pudiera darme la seguridad de un buen trueque con un buen hombre. También sabía que en su momento conocería a ese buen hombre que, seguramente, poco tendría que ver con lo que mi madre consideraba un buen yerno. A mí me bastó con sentir las lenguas de fuego del amor, como si la brasa que se encendía en mi entrepierna se librara del pecado ante la desaforada trepidación del pecho. El amor como redención.

El norteño era un joven de huesos largos, mente ágil y sabedor del poder afrodisíaco de la palabra, que supo conducirme con ternura y paciencia por las aguas tumultuosas de la pasión y el remanso

del amor. Yo lo seguí sin titubear. El ritual de iniciación no incluía embarazo ni trampas ni promesas de matrimonio. Su maravilloso sentido del humor transformó en una fiesta la pérdida de mi virginidad, quitándole la envoltura de dolor y sufrimiento con que la habían cubierto las historias de mujeres oídas desde siempre. El norteño logró derrumbar mis últimos rubores y ahuyentar mi miedo. Por horas nos separábamos del mundo; y en una húmeda habitación xalapeña me transformaba, me daba permiso, me dejaba llevar por mi experimentado maestro.

Casi simultáneamente había dejado la casa de mis padres, tenía veinte años y la apremiante sensación de que se me hacía tarde. Sorprendentemente no hubo dramas ni chantajes, supongo que mis padres se habían preparado para lo que ellos consideraban inevitable. “Ahora resulta que una disidente quiere vivir del sistema”, soltó mi padre con sarcasmo. Para mí fue un recordatorio de panfleto de que era una época de independencia con dignidad, de ser consecuente; así que me instalé en la minúscula casa de una amiga, donde la humedad se apoderaba de nuestros huesos en las interminables tardes de invierno y donde traducía, mecanografiaba y vendía la parafernalia de la psicología conductista para malcomer, fumar Delicados sin filtro y nutrirme de cine-de-arte. Me adherí a un clan que pensaba y sentía como yo, y con el nosotros como protección perseguíamos las inauguraciones de incipientes artistas locales y presentaciones de libros que jamás leeríamos, para atiborrarnos de raquíuticos bocadillos y vino blanco de medio pelo; oíamos sin descanso música latinoamericana y leíamos sólo lo que se pudiera discutir; la cara sin afeites y la ropa desgastada completaban la desvalida imagen de nuestra nueva gazmoñería. Habíamos heredado la estafeta de la transición y el escenario era ideal para el choque de valores. En perpetua asamblea tomábamos una bazofia de café y cuestionábamos el matrimonio, la religión, la familia, la maternidad y todo el sistema. Éramos impetuosos,

ingenuos, arrogantes y solemnes hasta la paranoia. Se hablaba de la necesidad de cambiar “el estado de cosas”, de organizarse para promover dichos cambios y, ya en el delirio, hasta de una lucha armada, pero jamás se hablaba del machismo imperante entre los revolucionarios compañeros. Ellos eran hombres que se jactaban de realizar las acciones heroicas que la historia les demandara, pero que mostraban un terror ancestral a mostrar sus sentimientos, a dejarse llevar en brazos de la ternura. Ingenuamente asumíamos que el Hombre Nuevo llegaría —de algún lado— con la investidura del hombre de nuestros sueños: el guerrero “fuerte para ser mi señor y tierno para el amor”. En esa espera, las mujeres debíamos ser una combinación de Penélope y la Kollontay, ser castas, cogelonas, inteligentes y comprometidas, pero también sensibles para esperar al militante camarada con flores, buen humor y mejor café. “¿Qué le pasa, compañera?”, preguntaba ofendido el norteño. Esa sola frase me recordaba mi inmadurez política y mi falta de seriedad cuando me burlaba de sus poses acartonadas. Expresar mis desacuerdos y polemizar era como bajar a los santones marxistas del altar y patearlos. Y no es que fuésemos sumisas, no, éramos beligerantes y empuñábamos la palabra como si acabáramos de descubrirla, pero ante la magnitud del compañero y su capacidad para lograr acuerdos en público y debilitar nuestros argumentos en privado, nos empequeñecíamos.

La píldora anticonceptiva nos permitió correr detrás de una supuesta libertad sexual que nos concedió mayores experiencias y la posibilidad de adentrarnos en el placer dejando de lado la angustia de un embarazo. Todo se conjugó para hacer de la nuestra una generación con grandes expectativas en la revolución sexual como posibilidad de cambiar las relaciones de pareja primero, y como si fuese una propagación, suponíamos que los cambios sociales más amplios se darían después.

El espíritu de la época nos permitió, en cierto sentido, liberarnos de la culpa y de la angustia, pero en otro nos fuimos atando

de otra manera, con nuevos dogmas, tan fuertes como los religiosos.

Estábamos nosotros —así en masculino—, que nos creíamos salvados; los otros, a quienes aún podíamos rescatar, y todos los demás, como una masa amorfa más allá de todo acercamiento y salvación. Las mujeres éramos como esas dementes que van poniéndose encima toda la ropa que encuentran para no perder nada, y éramos cada vez más abigarradas, convenciéndonos con sesudos y rebuscados argumentos, perseguidas por otros fantasmas y santiguándonos ante otros credos. Pretendíamos ser diferentes y, a nuestro modo, éramos totalmente convencionales.

A la posibilidad de saltar de cama en cama sin culpas ni ataduras, le siguió la búsqueda de la Gran Revolución como el Edén perdido, y después, los argumentos de las iracundas feministas. Nos volvimos duras y puras.

Aun cuando a la provincia llegaban bastante retrasados, los incendiarios discursos nos ponían ante nuevos predicamentos. Con arengas contra los hombres-enemigos, la desigualdad de los sexos, la cosificación de la mujer, y el pene como el cetro del poder, se intentaba aglutinar a las mujeres para escapar de la opresión masculina. Atadas a esa dureza y pureza, seguimos el canto de las sirenas, sin saber que de alguna manera esa radicalización nos ponía del lado de nuestros pretendidos adversarios ideológicos, al alimentar el nuevo puritanismo que nos acompañaría por años. Creíamos que ser una mujer liberada era negarnos a nosotras mismas, despreciando aquello que nos habían enseñado que “era propio de una mujer”. Con esas enseñanzas nos amamantaron y crecimos, y de pronto había que masculinizarse, mimetizarse con los fuertes, adoptar sus valores, su lenguaje y sus poses. Poco nos faltó para escupir ruidosamente y rascarnos la vulva en público. Para mí fue un alivio, más tarde, reencontrarme como mujer.

Todo esto no es una larga queja ni el deseo de ingresar al martirologio por la puerta de la autoflagelación, es la evidencia de cómo en mi travesía por la vida he ido recogiendo cruces de diferentes parroquias y cómo las he llevado auestas. Son cruces cambiantes que se manifiestan según la ocasión, para ahuyentar a los múltiples demonios que me fustigan. Es mi exorcismo a través de la palabra.

Vestida con esta nueva liturgia y equipada con mis diversas cruces protectoras, terminé la deficiente carrera universitaria dispuesta a enfrentar la vida, la de verdad, sintiéndome dueña de las riendas y gozando con el escozor que causaba mi vestimenta de campesina, mi actitud y mi lenguaje de provocación.

Así arribé a ese seductor pueblo de postal que es Tlacotalpan, donde la existencia se descifra con otros códigos; porque creo que nacer y crecer frente al ímpetu de un gran río da, definitivamente, otro sentido a la existencia. Al vaivén de las aguas la vida se mece, regala y quita con la misma vehemencia.

Alguna vez Tlacotalpan fue la puerta por donde entraron, tras un largo viaje, las sillas austriacas numeradas, los maravillosos candiles de cristal, los pianos alemanes y también la risa, los mitos, la música, la palabra de europeos y africanos. Y tantas huellas, cadencias y pasiones sembradas dan a este lugar un aire mágico que atrapa. Ahí el olor de la sensualidad se mezcla con el olor del río.

El ofrecimiento había sido un jugoso salario que alguien sin experiencia laboral pero con mucho ímpetu, como yo, no podía rechazar. Llegué bajo el sol canicular de agosto con mi mochila militar. Me senté bajo la primera arcada, donde un grupo de hombres golpeaba las mesas con las fichas de dominó. “Me da una cerveza bien fría”, imploré al mesero, quien mirándome con desdén me contestó: “Aquí no servimos a las mujeres”. El calor agobiante, mi sed y mi ABC feminista bajo el brazo me hicieron replicar con

furia: “Me vale madre, usted me trae una cerveza porque de aquí no me voy a mover”. Los hombres, que habían interrumpido su juego para presenciar la escena, estallaron en carcajadas y presionaron al mesero para que me sirviera. Éste sonrió, me guiñó un ojo y me dijo: “¡Cojones!, no te vas a entender con los machos de por aquí, pero bienvenida, la cerveza va por cuenta de la casa”. Me sentí satisfecha por mi triunfo y pensé que, de todos modos, los hombres de ese pueblo no me interesaban. Pero... mis hormonas no estaban de acuerdo conmigo.

El jarocho tenía un espigado cuerpo de mulato, ojos andaluzados y la cadencia y el ardor de un negro. Nos encontramos, rompimos lazos anteriores y nos entregamos sin condiciones ni compromisos. Tampoco había futuro. Mis ansias de vagabunda echaron raíces en sus brazos, enredada en su cuerpo olvidé mis proyectos y sólo florecí reflejada en sus ojos. Me enseñó todas las variantes de la pasión, y si alguna vez fui erudita en amores lo aprendí de sus dotes de hechicero. Jugábamos a ser atrevidos y modernos viviendo el momento, cuando en realidad él ansiaba una mujer tradicional, y yo un hombre que me apoyara emocionalmente; él chocaba con mis desplantes de liberada y a mí me alteraban sus muestras de macho de pueblo, pero ambos nos negábamos a aceptarlo.

Estuvimos juntos cinco años hasta que el juego terminó, hasta que el hastío y el desencanto entraron a nuestra casa y se acomodaron en nuestra cama mientras esperábamos sentados frente a frente, moviendo las piezas de nuestro gran tablero y removiendo las cenizas. De pronto las diferencias siempre conocidas y disfrazadas eran insalvables. Algo me dijo que hubo un error, una equivocación remediable que ninguno de los dos fue capaz de enmendar. El final se aceptó como se acepta un día de lluvia. Simplemente el hastío y el desencanto ganaron la partida, mientras un agudo dolor que surcaba todo mi ser me mostraba mi fragilidad.

A través de cercanías, afectos y largas pláticas con algunas mujeres tlacotalpeñas, me fui enterando de sus prácticas de “brujería blanca”. Podían curar del mal de ojo y envidias traicioneras, pero también podían evitar que el hombre se fuera tras el olor de otra mujer, haciéndole “la ligadura”. Con una foto y una prenda íntima del elegido, yerbas y jaculatorias, lograban —lo juraban señalando a respetables padres de familia— que en los hombres la erección se manifestara sólo ante una mujer, por lo que ellos buscarían, como animales en celo, exclusivamente a aquella con la que podrían demostrar su valía como varón. Estas historias y las leyendas del lugar me llevaron —quizá— a un sueño que se presentaba con frecuencia y me dejaba atormentada, tratando de buscar un símbolo que pudiera descifrar y me diera la clave de su significado. La secuencia de imágenes siempre era la misma:

“Tengo frío. Sé que enero está terminando por los rumores que el helado viento me trae hasta donde estoy: los pasos apresurados, la risa de las jaranas, las voces envueltas en un nuevo tono, el suave golpeteo del río lamiendo la ribera. Ni los pedazos de sol de las flores de noviembre ni el llamado de quienes aún me aman cuando pronuncian mi nombre logran atraerme de esta manera. En cambio, esto es un gozo. Siento cómo todas las partes de mi maltrecho cuerpo florecen, que mi sangre fluye como las crecidas de agosto. Si pudiera verme al espejo, no me reconocería; cada año me siento más joven, más mujer.

Desde que duermo en esta oscura humedad he desarrollado otros sentidos, pero es el oído el que responde primero, después es el olfato el que me llena de mandarinas, de velas quemadas, de las emanaciones de los hombres. Una a una mis sensaciones van despertando, y es cuando recuerdo el placer; y sólo entonces abro los ojos y salgo a través del majestuoso río, sustancia de mi ser. Emerjo cual Diosa de las Aguas, con toda mi sensualidad y feminidad a encontrarme con mi pueblo vestido de fiesta, con mi memoria.

Nunca me gusté, traté por años de domar mi cabello crespo, de disimular los labios succulentos, los movimientos de hamaca de mi cadera y esa urgencia de negra que cada noche quemaba mi entrepierna agitándome bajo la nave del mosquitero. Hasta ahora descubro que en esa mezcla de sangres reside mi belleza, que cualquier hombre hubiese sido dichoso de acunarse entre mis senos, de entrar al Edén por la puerta de mi sexo. Y nunca me lo permití. Nunca supe cómo seducir a un hombre, siempre fue más fuerte la culpa y el temor al pecado y a las lenguas ponzoñosas. Por años esperé, forjando en mi delirio al hombre que anhelaba, al hombre que nunca llegó, mientras mis días transcurrían lentamente, prisionera en el sofocante calor de mayo, en el estruendo de las tormentas del verano, en las largas noches pobladas de cocuyos y del amoroso ulular de los sapos.

Sólo ahora me siento libre. Sólo ahora mi deseo se refleja en los ojos de los hombres, porque sólo ellos pueden verme. Me huelen, me sienten, me persiguen sin descanso como perros. Yo los enfrento y los poseo bajo la tímida luna o a plena luz, entre el picante olor a marisco del malecón, en los corredores de colores estridentes, en las fangosas orillas de mi río Mariposas, en las cantinas, donde se vuelven tan femeninos. Algunos son pescadores, con el olor de la marisma adherida a su piel, otros son vaqueros indomables, jóvenes, maduros, letrados, hombres cautivos bajo las enaguas de sus mujeres, alcoholizados, sobrios; todos sucumben irremediabilmente ante el llamado lujurioso de mi cuerpo. ¡Cuánta belleza hay en esos machos jadeantes! No cabe el rubor ni el pecado porque ellos son mi redención, el bálsamo para mi alma, mi expiación. He amado hombres-trueno, hombres-bendición, hombres-pantano y muchos más, que anclados entre mis piernas, cuando se abre paso la concupiscencia contenida, se transforman, le dan permiso a su ternura, a las palabras no dichas. Quedan bajo mi encantamiento, anido en lo más recóndito de su ser, ahí cerquita del corazón, y me recuerdan hasta el final de sus

días. Muchos dicen que su transformación se debe a la agresión que sueltan en su maltrato a los toros; ellos y yo sabemos que no es así, que es por mi amor. Sólo son tres días, después todos recogen su sensualidad, sus pasiones, sus secretas señales y las guardan por otro año. Y yo... yo regreso al cementerio, a mi tumba con su lecho frío y virginal y pacientemente espero”.

Nunca entendí porqué en ese sueño me veía como negra y muerta, lo cierto es que me acosó durante mucho tiempo, hasta que una mujer llegó cargando sus yerbas y su sabiduría y se llevó las voces suaves que por las noches arrastraban mi nombre y los sueños que me dejaban flotando.

La ausencia del jarocho me produjo una inmensa desolación. Estaba de vuelta en Xalapa, tenía veintinueve años y una sensación de orfandad que me agujoneaba el alma. Traté de recuperar mis espacios, mis amigos y los pedacitos que había ido tirando sin percatarme. Cuando cesó mi cataclismo interno y pude ver las cosas con frialdad, casi agradecí el rompimiento, porque la soledad se volvió una compañera, mi casa era un territorio que disfrutaba y las experiencias que siguieron me ayudaron a recomponer esquemas y a ahuyentar fantasmas. Fue necesario parchar mis cruces y mostrarlas como las tías mostraban los escapularios. Los años que siguieron fueron de amores fugaces, de proyectos que se desvanecieron al primer ventarrón, de altibajos, del viaje a Europa y de la partida del árabe, dejándome aniquilada y totalmente vulnerable.

A una edad en que me sentía entrando cadenciosamente a la madurez, con la atrevida certeza de estar de vuelta de todo, con mis creencias definidas, firmes e inquebrantables, ya con todo etiquetado, clasificado y protegido de todo mal, de pronto perdía el control de mis actos. Estaba embarazada en el peor momento y del hombre equivocado. Experimentaba la desolación de una adolescente de treinta y seis años.

Apenas unos meses atrás me había convencido de que quedarme sin trabajo, sin un centavo, sin mi casa y sin mi territorio donde desplegaba y hacía ondear mi banderita de autosuficiencia y libertad era lo más grave que me podía suceder. Me involucré en una relación que candorosamente supuse podía dominar y, por lo tanto, decidir cuándo necesitaba compañía y ternura y cuándo le ponía término. Y no fue así. Contra todo pronóstico era una más, una de tantas mujeres con un embarazo no planeado y sin saber qué hacer o a quién acudir. Me sentí presa del desamparo, con el único deseo de sentarme en cualquier rincón y llorar interminablemente, hasta que anoheciera, hasta que las lágrimas borrarán mis ojos, mi pensamiento, mi dolor, todo mi ser; porque entera no podría enfrentarlo.

Desde los veintiocho años acepté sin mucho conflicto mi “incapacidad física para ser madre”, como lo sentenció aquella mujer, más parecida a una celadora perversa que a una ginecóloga, mientras me apuntaba con el índice enguantado que había hurgado mi cuerpo.

Aceptar que era una realidad, que otro ser crecía, se agitaba y respondía dentro de mí fue el inicio de la lucha. Decidir ante las dos caras de la moneda mientras me balanceaba precariamente en el borde. Era una sensación de pérdida, de eterna búsqueda, de impotencia o llanamente de una enorme irresponsabilidad. También tenía la certeza —que salía de algún lado— de que sería mi única oportunidad. Rechacé el aborto más por el terror a las prácticas ominosas que al mandato papal.

Al tercer mes de embarazo nuevamente fui sacudida. Una humedad desconocida me despertó. Ante aquel charco de sangre que sin pudor manchaba el camisón, las sábanas, mi conciencia, supe que no quería separarme de mi hijo, que me levantaría y lucharía. Supe, con la verdad de mis vísceras, que no deseaba perderlo. Una vez más la vida me puso la zancadilla. Nuevamente me recordaba que sus designios eran más fuertes que mis pobres esquemas de aceptación o rechazo. El bebé también aceptó quedarse y aceptarme y se inició nuestro mutuo reconocimiento.

Mi vientre fue creciendo sin complacencias a los apremiantes antojos, ni consuelo a la angustia nocturna ni ropa adecuada, más bien con el callado recelo familiar y los discursos moralinos lanzados por ciertas mujeres desde el púlpito de sus matrimonios estables. Pero nunca, ni en las peores noches, imaginé lo que vendría.

Fue necesario practicar una cesárea debido al tamaño del bebé y a que yo no lograba alcanzar la dilatación adecuada para un alumbramiento por vía vaginal. Eso me produjo una gran frustración, pues esperaba demostrar que aún “a mi edad” —como a cada paso me recordaban— podría parir sin complicaciones. Tener a mi hijo junto a mí significó materializar lo tantas veces imaginado. Me invadió una desconocida felicidad que duraría muy poco. Una crítica descompensación de glucosa y calcio llevaron al bebé de regreso al hospital. Ahí permaneció hasta que hicieron todos los estudios necesarios. Un enorme vacío empezó a crecer dentro de mí. Me sentía deprimida, atada y cada vez más débil. No podía estar cerca de mi hijo y tampoco, a pesar de mis esfuerzos, lograba recuperarme.

El médico que me atendió durante el parto, amigo de la familia, joven y aparentemente dispuesto a disipar mis temores, me aseguraba que no pasaba nada, que como madre primeriza tendía a exagerar las cosas y a dramatizar. Mientras revisaba mi temperatura y presión, ocultaba sus limitaciones tras una benevolente sonrisa. Yo carecía de fuerzas para protestar y convencerlo de que algo no marchaba bien. Mi cuerpo sí lo hizo: la herida se abrió a todo lo largo y ancho, mis entrañas aullaron el más espantoso dolor. Las piernas se me doblaban mientras con las manos trataba de detener la vida que se me escapaba.

El médico sugirió suturar de nuevo y mi familia no lo permitió, así que me cambiaron de hospital en una ambulancia que corría sorteando el tráfico con su lamento de muerte. Cuando ingresé a aquel inmenso hospital, todos los médicos del piso se reunieron

a mi alrededor preguntando, tocando, oliendo. Por encima de sus tapabocas reconocí el horror en sus ojos. El diagnóstico fue demoledor: el *profesional y comprensivo* médico que me había practicado la cesárea había dejado restos de placenta... una feroz infección se apoderaba de todo mi ser ganando terreno cada segundo. Volverían a operar pero nadie garantizaba mi sobrevivencia.

Lo que siguió fue espantoso, lo más cerca que he estado del infierno. Sondas, sueros, tubos, área restringida y una enorme herida que era escudriñada, lavada y desinfectada tres veces al día sin que mis gritos de dolor pudieran impedirlo. Pude resistir aferrada a la idea de que un bebé me esperaba, y de que si yo me derrumbaba él también lo haría.

Me extirparon útero, ovarios, trompas de falopio y también trozos de alma, pudor, fortaleza y sensibilidad.

Abandoné el hospital veinte días después, delgadísima, ojerosa, con el cabello encanecido y sintiéndome una desgraciada. Sabía que jamás volvería a ser la misma, que aunque una herida que cruzaba todo mi vientre cicatrizaba lentamente, otras tantas nunca cerrarían del todo.

Había tenido otra oportunidad. Pude escapar de la gran cantidad de mujeres que año con año mueren en este país por causas relacionadas con el aborto, el embarazo y el parto. Eso me hace distinta y afortunada. Aún quedan algunos rescoldos, cada tanto las bestias del dolor regresan y me atacan sin piedad. No obstante, es más fuerte mi gozo por la vida, por las cosas simples y maravillosas que están ahí, a nuestro alcance. Cada día compruebo que no es nada fácil asumir la maternidad, y lo que implica estando sola. Y cada día, también, me recuerdo que estoy viva, que soy mujer y que la llegada de mi hijo, pese a todo, ha sido una bendición.

La vida me ha regalado sorpresas, codazos, maravillosas experiencias y dolores punzocortantes; me he caído y hecho raspones, he

amado sin reservas y aún creo en utopías. La nostalgia por lo no vivido me asalta cuando menos lo espero y el café sigue siendo un compañero del despertar, del recorrido por mi interior. “¿Nos tomamos un café?”, pregunta mi madre como preámbulo cuando quiere decirme algo que sin duda ha cavilado largamente en sus noches de insomnio.

La idea del matrimonio con hijitos y obediencia al marido jamás anidó en mi cabeza. Tampoco aprendí las artes de seducción propias de la formación mujeril. Nadie me enseñó cómo disimular, manipular o ser coqueta, mañosa o misteriosa. No puedo pasar por frágil porque más bien he enfrentado y resuelto. Una de mis pocas virtudes ha sido la luminosa intuición para alejarme de los hombres violentos, dependientes o machos que se regodean en desgastados arquetipos. Me ha resultado muy difícil pensar en los hombres como “los enemigos”, pues las más de las veces me han enriquecido y cada uno de ellos se ha quedado en mí un poco. Por mis miedos o los suyos, han navegado por mis aguas sin quemar sus naves. Ha habido despedidas que han significado un alivio, y otras que me han dejado devastada y cada vez más resguardada tras una coraza y atragantada con esas perras negras que a veces son las palabras.

A los ojos de muchos, la mía ha sido una existencia impura, poco común. He caminado por la acera contraria a la de las mujeres normales, no confieso ante un cura supuestamente célibe mis delirios carnales, nunca me casé de blanco, he vivido en amasiato y muchas veces mi pasión le ha ganado a mi razón. Quizá hubiera sido más fácil “ser una mujer como todas”, pero las circunstancias de mi historia se han conjugado para lo contrario; algunas veces convencida de que soy dueña de la situación, otras vapuleada por la angustia, la aplastante sensación de pérdida y mis guerras internas, sigo parada a la mitad de mis sueños... esperando.

Aún abrigo la esperanza de que las mujeres podamos ser apasionadas, plenas y satisfechas sin la pesada cruz de la culpa, sin

miedo a nuestro cuerpo y al placer. El enemigo no está entre los hombres, el enemigo está en ese enorme poder que tantas instituciones ejercen sobre nosotras desde que nacemos, rodeándonos de dogmas, ritos y ceremonias que nos atan y esclavizan. Infinidad de demonios que nos han vuelto contra nosotras mismas.